

PARA EL

## MISTERIO DE LA ENCARNACION.

DIVISION.—*El mundo no conoce mas verdadera grandeza que la que se manifiesta á los sentidos; mas felicidad que el vivir en los placeres; mas razon que la suya: estos son los tres principales errores que forman propiamente toda la prudencia humana, y los que confunde la sabiduría de Dios, oculta en este misterio de la Encarnacion. I. Un Dios anonadado ensalza los abatimientos. II. Un Dios cargado de nuestros dolores hace amables los trabajos. III. Un Dios unido al hombre hace callar á la razon, y hace á la misma fe razonable.*

Primera parte. *Un Dios anonadado ensalza los abatimientos.* Para entenderlo bien reparemos primero en cuáles son los principales caractéres de la humana soberbia, y veamos despues la oposicion que tienen con el abatimiento del Hijo de Dios en su union con nuestra naturaleza.

1. El primer carácter de la soberbia es aquel error que hace que salgamos, por decirlo así, de nosotros mismos, y

que para borrar en nosotros el interior y humilde dictámen de nuestra miseria, busquemos con complacencia en las cosas exteriores las riquezas, los títulos, el nacimiento, etc., una gloria cuyo origen solo debiera hallarse en nosotros mismos. Pero las circunstancias exteriores de la Encarnacion del Verbo corrigen en los hombres este primer error: entre todos los misterios, el de la Encarnacion habia sido anunciado con mayor pompa y magnificencia; con todo eso, no hay cosa mas oculta á los ojos corporales, que lo que está pasando hoy en Nazaret. No baja mas que un ángel solo. y éste bajo la simplicidad de la figura humana: es enviado á una doncella que no tiene en su tribu mas distintivo que su pudor y su inocencia: Nazareth, en donde se obra este misterio, es la ciudad mas despreciable de Judá: nadie, ni aun el mismo José, esposo de María, está noticioso de la celestial embajada. En los demás misterios los abatimientos del Verbo están mezclados con resplandor y grandeza; en este todo es oscuro, nada hay que hable á los sentidos, porque en él el fin de la divina sabiduría es corregir los errores y sustituir los nuevos caminos de la fe á las antiguas ilusiones de la prudencia humana. A la verdad, en este misterio aprendemos que la inocencia y la virtud son las únicas riquezas del hombre, que todo el mérito del alma fiel está oculto en su corazon; en una palabra, que la grandeza que únicamente existe fuera de nosotros, no es mas que un prestigio que nos burla, y que solamente es grande aquel que es santo: ¡ojala no fuera todavía ignorada en el mundo esta prudencia!

2. El segundo carácter de la humana soberbia es aquella flaqueza que en nada estima el mérito de la misma virtud mientras que está oculto, y que solamente aborrece en el vicio la confusion y el oprobio; como si los hombres no

pudieran ser grandes ó despreciables sino en la idea de los otros hombres. Pero el Verbo, anonadándose en este misterio, confunde esta vana atención á los juicios humanos, no viniendo á la tierra el Hijo de Dios sino para glorificar á su Padre y recobrar en los corazones de los hombres los honores que le habían quitado las criaturas: este intento pedia al parecer que se le manifestase con toda su gloria; no obstante, no quiere triunfar de nuestros corazones con el resplandor y majestad, sino con los abatimientos y oprobios; oculta todo cuanto en sí es; en una palabra, se manifiesta anonadado en todos sus títulos. ¿De qué proviene esta tan extraordinaria conducta? Dejemos aparte las demás razones de la oscuridad de su ministerio; las que nos hacen al caso son: 1.º Que quería enseñar á los ministros encargados de la distribución de su Evangelio, á que no mudasen nada del orden de Dios en las funciones de su ministerio, con el pretexto de conciliar mas fácilmente á su palabra los votos de los hombres, y á no creer que Dios es mas glorificado por la gracia que á ellos les resulta. 2.º Quería enseñar á los fieles que los juicios de los hombres nunca debían decidir en orden á sus obligaciones; que en el servicio de Dios no debemos atenernos á lo que el mundo aprueba, sino á lo que Dios nos manda; que el desprecio es el mas seguro asilo de la virtud: no obstante, en esto ponemos poco cuidado; aun los justos hacen mucho caso de los honores; les mueve muy poco lo que hacen en secreto y en la presencia de Dios; solo parece que les mueve lo que hacen á vista de los hombres, y las mas veces, ¡oh Dios mio! hallan mas gusto en las falsas virtudes que se les atribuyen, que confusión en la verdad que les da á conocer sus defectos y verdaderas miserias.

El último carácter de la soberbia es aquella impostura

de vanidad que busca la gloria aun en los mismos abatimientos, porque casi no hay humildad verdadera, y no hay cosa mas rara que un abatimiento voluntario que solo se dirija á la humildad. Ved, pues, los escollos que nos enseña á evitar el Verbo con sus abatimientos en este misterio. Se reviste de la semejanza del pecado, pero para elevar sobre sí toda la vergüenza; se carga con nuestras iniquidades, pero para ser la víctima de ellas; quiere ser tenido por samaritano y por enemigo de la ley, pero es para ser castigado como engañador; finalmente, se esconde cuando lo quieren aclamar por rey, pero es para morir como un vil esclavo. ¿Y nosotros? ¡ah! las obras de humildad casi nunca nos agradan sino en cuanto esperamos que cederán en gloria nuestra. Con todo eso, despues que Dios se anonadó, ¿hay en el nombre cosa mas injusta que el querer ensalzarse de cualquier modo que sea?

Segunda parte. *Un Dios cargado de nuestros dolores nos debe hacer amables los trabajos.* El hombre inocente debía vivir una vida feliz y tranquila, pero el hombre pecador nació para padecer. No obstante, el deleite es todavía la inclinación dominante de este pecador, y condenado á padecer, jamás ha podido amar los trabajos. Era, pues, necesario que un grande ejemplo le hiciese amable lo que no podia evitar, y que un Dios lo padeciese todo por salvar al hombre, para que el hombre aprendiese y amase los trabajos para aplacar á su Dios. Por eso el ministerio del Verbo encarnado es un ministerio de cruz y de trabajos. No anuncia mas que cruces y tribulaciones, no llama felices sino á los que padecen, y temiendo el que algun dia se diesen á sus máximas interpretaciones favorables al amor propio, quiso espirar entre los brazos del dolor, y su doctrina no es mas que la relación de sus ejemplos. Supuesto, pues,  
TOM. II.—P. 40.

que el Verbo, que solamente encarnó para enseñarnos el camino del cielo y satisfacer por nosotros á la divina justicia, pasó en la tierra una vida triste y llena de trabajos, no puede lisonjearse el cristiano de que ha de llegar á la salvacion por caminos fáciles y suaves, porque siendo un Hombre-Dios, cabeza de los cristianos, no podemos aspirar á la salvacion sino como miembros suyos: ¿y en qué consiste el ser miembros de Jesucristo? en seguir la suerte de nuestra cabeza y conformarnos con ella: pasar, pues, toda la vida entre costumbres sensuales y entregarse continuamente á todos los placeres, con tal que no presenten algun delito grave, ¿es conformarse con Jesucristo y vivir como él vivió? ¿es esto estar animados de su espíritu? Aquellos hombres apostólicos que vinieron los primeros á anunciar á Jesucristo á nuestros padres, no les hablaron de este modo: el espíritu de Jesucristo es un santo deseo de trabajos, un continuo cuidado en mortificar el amor propio, y quitar á los sentidos todas las inútiles mitigaciones. Este es el fondo del cristianismo y el espíritu de Jesucristo; si no teneis este espíritu, seria inútil el que estuviéseis libres de mas graves delitos; no sois de Jesucristo y no teneis parte en su reino.

Pero lo que puede servir de consuelo es, que aunque Jesucristo con solo el carácter de su ministerio nos manda la violencia y la abnegacion, nos hace al mismo tiempo amable la cruz que nos impone: el padecer en la tierra siempre habia de ser para nosotros una suerte inevitable; pero sin Jesucristo hubiera el hombre padecido sin consuelo y sin mérito. Vino, pues, á suavizar y santificar nuestros trabajos. 1.º Su ejemplo los quita todo el abatimiento y desprecio, y después que él padeció, deleita el padecer y es cosa gloriosa el seguir sus pasos. 2.º Su gracia

suaviza cuanto tienen de amargo la abnegacion y la violencia. Convengo en que el negarse continuamente á sí mismo, el no amar el fausto, la magnificencia, la diversion, los placeres, reducirse á una modestia sencilla y cristiana, y contener todas estas inclinaciones en el silencio, en la oracion y en el retiro, es algo trabajoso; pero el origen de los verdaderos placeres no está en los sentidos, sino en el corazon; en este es donde Jesucristo pone el remedio y la dulzura de su gracia, cuando en lo exterior todo parece triste, áspero y doloroso para una alma fiel, un invisible consolador reemplaza estas amarguras con unas delicias que jamás gustó el corazon carnal del hombre. 2.º Las promesas de Jesucristo quitan á los trabajos su inutilidad y todo el motivo de desesperacion: antes que el Señor se manifestase en nuestra carne, se padecia por la fama, por la patria, etc.; pero la soberbia era un desquite muy débil en los trabajos, particularmente para el hombre que quiere ser feliz; pero el fiel que padece, que se castiga á sí mismo, que lleva su cruz, espera una eternidad; aun cuando sus penas no tuvieran consuelo acá en la tierra, las suavizaria solamente la esperanza que está escondida en su seno. Un Dios hecho hombre es el fiador de su confianza; sus trabajos hallan en Jesucristo un premio y un mérito digno de Dios: ¿es necesario mas para que nos sean amables?

Tercera parte. *Un Dios unido al hombre hace callar á la razon, y aun hace razonable á la fe.*

Hoy está lleno el mundo de cristianos filósofos y de fieles jueces de la fe; todo se mitiga, de todo se filosofa, queremos penetrar los decretos de Dios en orden á los fines de los hombres, hallamos inconvenientes en la historia venerable de nuestros libros santos, etc. Pero después que adoramos á un Dios hecho hombre, es locura, dice un san-

to padre, querer discurrir acerca de lo que la religion nos propone como inaccesible á la razon; ya no hay cosa tan incomprensible que no la allane y haga creible Jesucristo hombre y Dios. Y así, ó negad á Jesucristo ó confesad que Dios puede hacer lo que vosotros no podeis comprender; después del misterio de Dios-hombre no puede la fe proponernos cosa mas elevada ni mas inaccesible á la humana razon: meditemos, pues, este misterio de Jesucristo Dios y hombre; él ilustrará nuestra razon acabando de confundirla, y nos guiará á la inteligencia, dándonos á conocer la necesidad de la fe: imitemos á María, que en un misterio en que todo es nuevo é incomprensible, del que nada halla en la historia de las maravillas del Señor que con su semejanza pueda asegurarla, en vez de dudar como Zacarías, no busca mas seguridad de su fe que la omnipotencia y verdad del que se la pide.



## VIERNES SANTO.

SOBRE LA PASION

### DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*DIVISION.—La oposicion á la verdad ha sido siempre el carácter mas esencial del mundo; pero la muerte de Jesucristo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad, y al mismo tiempo el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.*

Primera parte. *La muerte de Jesucristo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad.* Esto es, á la verdad de su doctrina, de las Escrituras, de sus milagros, de su inocencia y de su reino.

1. Oposicion á la verdad de su doctrina. El respeto humano es quien forma esta oposicion aun en sus discípulos. ¿Qué otra cosa era su doctrina sino una disposicion para la cruz y los trabajos? Con todo eso, luego que el